

FERNANDO HERRERA RAMOS (1902-1991)

Fernando Mañé Garzón*

I

Con aquella verba cautivante, más sugerente que discursiva, más perspicaz que detallista, Juan César Mussio Fournier, al narrar sus estadias en las clínicas europeas, solía contar cuando en Nápoles visitó al profesor Antonio Cardarelli que con sus bien cumplidos 90 años, seguía ejerciendo no sólo la docencia desde su cátedra de Clínica Médica sino visitando sus enfermos en la ciudad, conducido en un lujoso coche tirado por hermosos caballos: ¡espectáculo realmente admirable! Y entonces agregaba Mussio Fournier con aquel dejo sentencioso que le era tan propio, admirativo, lento, prolongando ciertas sílabas como en un canto llano: "Nápoles ofrece dos cosas extraordinarias para ver: el Vesubio y Cardarelli".

II

Nosotros podemos decir con respecto a Fernando Herrera Ramos, médico que inició su vida profesional y la terminó asistiendo, que Montevideo también brindaba hasta hace pocos meses dos cosas, dos espectáculos dignos de ser contemplados: el Cerro y ver todas las mañanas salir de su casa al Profesor Herrera Ramos en su siempre flamante automóvil entrando en las casas, en los hospitales y en los sanatorios, visitando también a sus enfermos. Era un espectáculo que todos los que estamos aquí presentes lo pudimos apreciar. Su entrada a los hospitales y a los sanatorios duraba largos momentos porque venían a saludarle, con precipitada deferencia, clientes, amigos y admiradores. Fue hasta hace seis meses una figura tan nuestra, tan particular, como colmada de facetas peculiares. Entre ellas resaltaba, como don exquisito de su personalidad, su ademán y acogida cordial, que sabía acompañar de una cálida sonrisa. Su porte otrora erguido con los años sólo había cambiado en un cierto agobiamiento de su dorso, pero conservó hasta el fin su mirada atenta, vivaz, escudriñadora siempre pronta a captar un matiz a demostrar un afecto, así como guardó siempre una urbanidad, una gentileza medida y sobria, que manejaba con total espontaneidad y modestia. Vistió siempre con sobriedad, traje gris, corbata oscura, no atildado, siempre pulcro. No menos cautivante era su voz, un tanto engolada, de timbre sonoro y tono seguro, discretamente ampulosa la dicción, resonante las erres, que afirmativa y resuelta, le hacía dar mayor autoridad y trascendencia marcando con su dedo índice la aseveración de lo expresado que nunca era agresivo ni despectivo sino firme y conciliador.

Admirable frente al enfermo, cariñoso y seguro cautivaba con su sola presencia, actitud que completaba con una minuciosa exactitud semiológica que desplegaba sereno tanto en el interrogatorio como en el exhaustivo examen clínico. Sus diagnósticos fueron siempre certeros, concretos, aunque frondosos en detalles que él sabía bien jerarquizar, que hacía surgir de su prolija semiología.

III

Hemos sido llamados para destacar en este homenaje fundamentalmente su actuación en la Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina, la que curiosamente en este mes cumple veinte años de su creación. Un esfuerzo que promovió y que

* Discurso pronunciado en ocasión de cumplirse seis meses de su fallecimiento, homenaje que le rindió la Academia Nacional de Medicina en el Salón de Actos del Ministerio de Relaciones Exteriores el 20 de setiembre de 1991. A la alocución original hemos agregado algunos desarrollos a fin de completar en forma integral su semblanza.

culminó en la creación de dicha Sociedad, primera entidad social médica del país desligada del interés profesional y sin currículum universitario.

Así surgió de un mancomunado ideal que se cristalizó mediante la colaboración que juntos aunaron Herrera Ramos, Washington Buño y Ruben Gorlero Bacigalupi, esta sociedad, que es, vamos a decir, el tomar conciencia del valor intrínseco y propio de nuestra medicina, del valor de ese empeño de hace ya más de dos siglos de permanencia y persistencia de sus integrantes en lograr una concreción adecuada y eficaz de los conocimientos médicos aplicados a la asistencia y a la docencia y a la investigación en nuestro núcleo cultural y al hacerlo así, integrarse en el movimiento social, intelectual y humanista del país, y a través de él, el creciente acervo creativo de la ciencia internacional. Así logró plasmar Herrera Ramos junto a ese reducido pero selecto núcleo de amigos en esa pequeña sociedad aquel interés y aquel culto dedicado a conocer los antecedentes aún dispersos cuando no olvidados o desconocidos de nuestra medicina. Y le cupo realizar ese esfuerzo en el período inicial de ella, durante el cual el progreso fue lento, como todo incremento fundacional que se va a inscribir en la curva biológica de crecimiento en su período primero: en el de crecimiento isométrico. Sobre él pudo asentar el que tuvo lugar luego y tiene hoy, ese crecimiento y maduración que sus continuadores llegamos a darle, el incremento alométrico positivo, vamos a decir, exponencial, pero que fue posible gracias a esas bases modestas pero sí fundamentales.

Aportó a nuestra sociedad una formación clínica adquirida en un período muy particular, muy fermental de la medicina nacional. No es posible deslindar en Herrera Ramos el clínico del historiador de la medicina. En esta última disciplina ha dejado más su inquietud y su comunión en la necesidad de su desarrollo que una obra. Es por ello que no puede separarse al referirnos a su persona, las diferentes facetas que la componen.

IV

Su formación universitaria y médica la adquirió cuando las primeras grandes figuras de la medicina nacional habían ya desaparecido. Inició sus estudios en medicina a los 19 años, en 1921, y Practicante Interno de los hospitales en 1927 (concurso de oposición en el que ocupó el primer puesto), obteniendo el título de doctor en 1931, cuando ya habían fallecido Francisco Soca (1922) y Américo Ricaldoni (1928). Fue pues la generación siguiente, la que conoció a Herrera Ramos como alumno, como Interno y de algunos de cuyos integrantes fue discípulo.

V

Orientado inicialmente hacia la cirugía, fue disector entre 1925 y 1932, volcó casi bruscamente su afán hacia la medicina interna por motivos más que científicos circunstanciales. Huérfano de padre, debe enfrentar el sostén de su familia haciéndosele difícil transitar el largo camino que requería en ese entonces una carrera quirúrgica exitosa. Así en lugar de elegir en sus últimas rotaciones de Interno, como le correspondían los mejores servicios de cirugía, elige aquellos de medicina. Luego de pasar por los de pediatría, en el ya desaparecido Hospital Pedro Visca y particularmente en el Servicio de Enfermedades Infectocontagiosas, que llevaba adelante y con rotundo éxito en esos años la gran campaña contra la difteria. Recibe las enseñanzas allí de Juan José Leunda, con quien publicó su primer trabajo clínico y junto a quien aprende la intubación laríngea, tanto en el hospital como en los llamados a domicilio realizando la maniobra salvadora frente al crup diftérico. Ya rico de esa experiencia se vincula, y ahora en forma definitiva, a la cátedra de Clínica Médica a cargo de Pablo Scremini de quien se hace quizá el discípulo más conspicuo, accediendo a Jefe de Clínica (1932-1935), a Profesor Agregado (1936-1947), para ocupar sucesivamente las cátedras de Patología General y la de Patología Médica (1947-1957). Luego de haber postulado a la Cátedra de Clínica Semiológica en un concurso de oposición memorable, en el que participaron también Pablo Purriel, Héctor Franchi Padé y José Pedro Migliaro, accede, al fallecer en forma trágica Raúl Piaggio Blanco en 1951, al cargo de Profesor Director de Clínica Médica, ocasión en la cual publica una sustanciosa reseña de sus méritos en la asistencia, la docencia y la investigación. Ocupa dicha

cátedra en el Hospital Pasteur hasta su retiro por límite de edad en 1967, labor que se prolonga como Director de la Escuela de Posgraduados hasta 1974 en que cumplido su mandato, cierra su carrera universitaria curricular después de casi 50 años de actividad docente.

VI

Durante esta larga y fecunda carrera clínica, su dedicación docente lo distinguió como uno de los profesores más cautivantes por su entusiasmo expositivo, su don de transmitir y su afirmada experiencia. Una obra no menos fecunda desarrolló en la investigación clínica, sobre todo en sus vertientes terapéuticas, especialidad esta en la que volcaba sus mayores inquietudes, que compartió con la creación en nuestro país de la Reumatología, especialidad en la que culminó su creatividad y en la que obtuvo reconocimientos internacionales. Debe recordarse en forma muy especial la obra publicada en 1938 sobre la intoxicación salicilica que llamó "Toxicosis salicilica", que mereció los más justos elogios, pues fue quizás la primera obra mundial, basada en experimentación personal y observaciones clínicas sobre la acidosis metabólica grave, muchas veces mortal, producida por el uso no controlado de dicho importante y valiosísimo agente terapéutico. Adelantándose a las publicaciones de RD Reye de 1963, sostiene en su obra la acción tóxica de ese fármaco a nivel hepático, desencadenante de la degeneración grasa y del coma hiperamoniémico. Es también pionero en la exigencia de la necesidad de obtener niveles correctos de ácido acetilsalicílico en sangre a fin de obtener una adecuada respuesta terapéutica sin o con mínima acción secundaria.

VII

Su preocupación por la farmacología clínica fue su más constante inclinación. Ella se refleja muy claramente en su producción científica compuesta principalmente por trabajos referentes a la acción de fármacos tanto desde el punto de vista experimental como en la práctica clínica. Conocedor probado por lo tanto de las acciones de los medicamentos, los manejó siempre con especial confianza en ellos. Atento a la dosis, atento a las precisas respuestas a su acción, actividad que plasmaba en largas indicaciones que adecuaba muy detalladamente para cada paciente en particular. Si bien pagaba algún tributo al exitismo terapéutico, un tanto galénico, no por ello dejaban de medrar sus ajustados diagnósticos y su seguridad en la prescripción.

VIII

Pero como ya dijimos, no estaría completa una semblanza de Herrera Ramos sin destacar su vocación asistencial. Asistió siempre con la jerarquía propia de su nivel académico así como también de su vocación hacia ella, tema sobre el cual trató en reiteradas ocasiones siendo en nuestro medio quizá el primero que se motivó por la deontología hoy llamada ética médica.

Esta, tan brillante carrera que supo plasmar en una tarea permanente de dedicación asistencial, hospitalaria y docente, la sublimó como historiador de la medicina, como historiógrafo por un lado pero también como cronista porque había vivido un período sumamente largo de la medicina y la había vivido con pasión y con temperamento crítico y con conocimiento de la evolución histórica de los conocimientos. La historia de la medicina es como muy bien lo ha dicho uno de sus más grandes cultores, mucho más medicina que historia, pues conocer, saber, enseñar e investigar en medicina es prioritario para poder conceptualizar la evolución temporal de esa ciencia. Si recordamos siempre como narraba sus recuerdos preferidos de su actividad como Interno, las guardias de Interno, su actuación primaria como practicante y de esa carrera que él hizo con urgente sacrificio, aspecto que debemos resaltar, pues fue un hombre forjado en el esfuerzo y en el trabajo, en el estudio y en la dedicación al enfermo. A todo este cúmulo de experiencia vivida, de sublimado juicio sobre sus maestros y contemporáneos, agregaba como digno y complemento, el erudito cultivo de nuestra historia política y social que matizaba en el recuerdo de sus patricios orígenes familiares, de Manuel

Herrera y Obes y de Joaquín Suárez. Uno de los rasgos más admirables de Herrera Ramos, como ya lo hemos dicho, fue su dedicación a la asistencia. Una vocación laboriosa y real por la asistencia, concreta, permanente. Muchas anécdotas se podrían contar, de sus pacientes y de las consultas que tuvimos ocasión de hacer con él. Formó su hogar en el afecto y en el esfuerzo junto a su inseparable esposa, sus dos hijas, y el doloroso trance frente a la invalidez accidental de una de ellas, logró purificarle por el camino del sufrimiento, en la ternura y el afecto.

IX

No podemos, ni debemos, dejar de narrar como culminación de esta admirable dedicación asistencial su fin, fin al fin que a él más que a nadie le estaba reservado. El 16 de mayo de 1991, fue requerido por su discípulo y amigo, el Profesor de Reumatología Harry R. Havranek, para ver en consulta a un paciente internado en el Sanatorio Americano. Puntual y diligente, acudió Herrera Ramos. Con concentrada atención escuchó la historia clínica, examinó luego al paciente, con su habitual minuciosidad y reunido junto al colega empezó como era su costumbre, su metodología, a resumir, jerarquizar y estructurar un crítico y finalmente certero criterio diagnóstico. Su lucidez tanto como su discurso no dejaban sospechar ningún cambio a su lozana inteligencia y perspicacia. Cómodamente sentados y ya en un amplio cambio de ideas y de oportunidades operacionales en el tratamiento, Havranek vio que su cuerpo perdía equilibrio volcando su tronco hacia un lado, llegando a tal punto que le preguntó si deseaba que lo ayudara a incorporarse y avisar a la emergencia del sanatorio, a lo que contestó con claridad: "sí y avise a mi hija". Fue rápidamente conducido al centro de tratamiento intensivo del mismo sanatorio, adonde entró caminando. La hemorragia cerebral fue progresiva, entrando en pocas horas en coma, para fallecer a las 48 horas. ¿Habrán un fin de vida más hermoso para un clínico, aquella que lo viene a sorprender a los ya casi cumplidos 89 años junto a la cama del paciente que lo reclama?

X

La Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina se hace pues un honor de participar en este homenaje, sociedad de la que fue con justicia Presidente de Honor y a la que aportó desde su gesta fundacional hasta el fin de su vida el concurso de su inquietud y de su prestigio profesional y moral.

Debemos por fin recordar que Herrera Ramos nos ha dejado una obra que esperamos que se vea publicada próximamente y que compuso junto con su colaborador y amigo de tantos años, Ruben Gorlero, sobre la Historia de los primeros años de nuestra Facultad de Medicina, obra que mereció el Primer Premio del Concurso que se llamó en ocasión del Centenario de nuestra casa de estudio. En ella se consignan los datos fundamentales de ese período tan fermental de nuestra historia médica, obra que dará, no nos cabe duda, la medida de su vocación e interés por dicha actividad.